

elegidos como ahora que mido la excelsitud, la noble majestad y la suprema distinción de sus visitantes.

»Pero ¡ay! es tarde para mí. Yo mismo me he cerrado las puertas, que han de prevalecer, temeroso de que en mis combates con la iniquidad se deslizase el menor egoísmo. Devoto de la verdad absoluta, no he querido empañarla con las nieblas de la leyenda; enamorado del infortunio, jamás he tenido coronas para las madres de los dioses, sino para esas otras que no ven resucitar á sus hijos y en cuyo camarín no hay más ósculos que los que finge en sueños la idealidad y los que deposita la muerte.

»¡Hay tantas miserias! Y no son de aquellas para cuyo alivio basta la caridad. Es menester sacrificar el alma y la vida para combatir las de frente. Hay que pronunciar el *non serviam*, para destruir la maldad y el error en su origen. Y para ello hay que ser hombre y dejar de ser ángel. Yo también he sentido de niño sobre mi cuna al Ángel de la Guarda batir sus alas. Le quise menos el primer día que supe que se alejaba de otras cunas en que yacían otros niños más necesitados que yo.

»En aquellos tiempos en que mi fe era virgen, pero en que aun mi razón no era madre, jamás sospeché que la generadora de un Dios omnipotente necesitara joyas ni coronas. ¿Qué más podía desear que ser Reina del cielo y Patrona del mundo? ¿Qué debía ambicionar después de hallarse sentada á la diestra de su Hijo feliz, rodeada de arcángeles y patriarcas y saludada por las aclamaciones de millones de fieles vivos? ¿Ni cómo iba á admitirlas habiendo tantos niños sin pan y tantos ancianos sin abrigo, reinando doquier la injusticia y siendo la inocencia aplastada por el infame conubio de la maldad con el absurdo?

»Hoy estoy dispuesto á la lucha; siento su embriaguez, experimento el vértigo, la atracción, el espasmo del sacrificio. Yo también quiero tener mi cruz, aunque de ella no se descienda para subir al cielo entre nimbos. Es tarde. Para esa gigantesca corona que simboliza todas nuestras intensas melancolias, no puedo ofrecer sino la sincera admiración á sus bellas y nobles oferentes, no nacidas para luchar, sino para recibir el justo homenaje que á su candor, á su buena fe y á su desprendimiento es debido.

»Engarcemos nuestra diadema cada cual. Unos para los altos y los otros para los menesterosos y humildes. Demos los unos nuestras joyas; los otros nuestra tranquilidad y reposo, nuestro sudor y nuestra carne. Acudamos en peregrinación á los santuarios del ayer y á los alcázares del mañana. Enamorados de lo grande, doblemos la rodilla, los pacíficos, ante la prodigiosa idealidad que se oculta; los vehementes é inquietos, ante la poderosa y deslumbrante luz que amanece.

»Besa humildemente sus pies.»

### Epatando al burgués

Tengo la suerte de admirar á los modernistas; sus esfuerzos por restaurar un idealismo sin el cual no puede haber arte, ni aun vale la pena de vivir, su afán de crear formas nuevas, de romper cuadrículas necias, de aprovechar elementos exóticos, todo me los hace simpáticos. Tienen extravagancias: toda protesta las tiene por la velocidad del impulso. Después de esta declaración, ¿me perdonarán los poetas, cuyo talento reconozco y á

quienes aludo en esta crónica, una broma inocente?

Por todas partes surgen los versos estrambóticos. Las gentes opinan, sin embargo, que son joyas, y yo no he de contradecirlas. Soy muy poco perito en diamantes, sobre todo en diamantes americanos.

Algunos de esos versos trisílabos, con mutación de esdrújulos en agudos, me ponían antes los huesos del oído de punta. Un mi amigo me ha demostrado que ello consiste en mi falta de educación musical.

Picóse mi amor propio, porque hace tiempo publicó música en París (Ravayre Ravair, editor). Por último, hice un estudio de los versos extraños, y me he convencido de que mi amigo tenía razón.

Hay que saber leer los versos modernistas; para ello no basta conocer á Eslava ni aun á Fetis, Gaudé y Gomis.

Vaya un ejemplo.

Don Fulano de Tal es el primer poeta contemporáneo—por supuesto, después de Lugones—. Yo me eché á reír la primera vez que leí este verso suyo:

Al agua y al viento  
fío el pensamiento  
de mis nuevas rimas.  
¡Oh mar, cuéntame un cuento!

El último verso parece largo. Pues no lo es. La composición está en compás de dos por cuatro. En los tres primeros renglones las sílabas son semicorcheas; en el último son corcheas simples y hay que pronunciarlas despacio en tres partes.

¡Oh mar—cuéntame un (*tresillo con sinalefa*)—cuento!

El primer poeta español es... don Mengano de

Cual—se entiende, después de Lugones—, y él ha escrito:

Mírame transparentemente con tu marido  
y guárdame lo que tú puedas del olvido.

A primera vista el verso recuerda aquel otro: «Hacia tanto viento...» Pero no hay más que fijarse y decirlo así:

Mírame transparente (*silencio de negra*)—mente con tu marido.—Y guárdame lo que (*silencio de negra con puntillo*)—tú puedas del olvido.

La misma regla hay que aplicar á este otro pareado alejandrino de la misma poesía, escrita en Anvers—Buenos Aires—París—Palma de Mallorca (MCMVI).

Mi ditirambo brasileño es ditirambo  
que aprobaría tu marido. «Arcades ambo».

El cual pareado ha de leerse:

Mi ditirambo bra (*silencio de corchea*)—sileño es ditirambo—que aprobaría tu (*calderón*)—marido «Arcades ambo».

También ha escrito algo así fray Luis de León.

Y mientras miserablemente se están los otros abrasando.

Si no fuera por Lugones, podíamos decir que el primer poeta español era... Perengano. Vean ustedes su *Epitalamio regio*:

...Su carro de diamante,  
que tiran seis corceles, llega al paraje. El Hada  
al rey le habla al oído. (Se enciende mi mirada):  
—Esa gacela es una Princesa: está encantada.

Antes, cuando no se desdeñaba la colocación de los acentos y se creía que lo de menos era con-

tar las sílabas, el último verso nos hubiera sonado á Estrada el de los pentacrósticos.

Ahora no; porque el verso se lee así:

—Esa gacela es una (*silencio de fusa*)—Princesa: está encantada.

Otro tanto ocurre con estos versos de otro poeta que pronto eclipsará á Lugones:

Las palabras son como—los ducales topacios  
ó bien como las epis—copales amatistas.

También hizo algo semejante Ricardo de la Vega.

En Cacabelos, un chulo  
acaba de descubrir  
la cuadratura del cír-  
etc.

Con esto de la medida, ocurre que muchos versos que no lo parecen, lo son, como por ejemplo:

«Mi niña es tan rubia, que cuando hay sol no se la ve.»

No hay sino ponerlo en pareado.

Mi niña es tan rubia, que  
cuando hay sol no se la ve.

Otro caso:

«A pesar de Nabuco-Embajador y de los delegados panamericanos, que hicieron lo posible por hacer cosas buenas...»

Eso no parece verso, ¿verdad?

Pues lo es; y admirable. Es cuestión de oído.

A pesar de Nabuco-Embajador y de  
los delegados panamericanos, que  
hicieron lo posible—por hacer cosas buenas...

A un célebre poeta se le presentó un día su

criado con la pretensión de que le corrigiera unos versos que había escrito á su novia.

—Bueno, hombre, te los corregiré—le dijo el poeta—. Oigamos esos versos.

Y el criado leyó:

«Querida Melchora: Me alegraré mucho que al recibir la carta que estoy escribiendo, te encuentres libre de mal.»

—¡Hombre, eso no es verso!—dijo sorprendido el poeta.

—¿Cómo que no?—saltó el criado—. Eso es una quintilla.

—¿Una quintilla?

—Sí señor: verá usted.

Querida Melchora: Me  
alegraré mucho que al  
recibir la carta que  
te estoy escribiendo, te  
encuentres libre de mal.

—Es verdad, perdona—exclamó el amo maravillado—. Eso es verso; sigue adelante.

«Yo estoy bueno, gracias á Dios primero, y luego á don Roque el médico, que me ha sacado libre de la última sofocación.»

—¡Por eso sí que no paso!—exclamó airado el oyente.

—Pues es otra quintilla—dijo el modernista—, sino que hay que leerla como Dios manda,

Yo estoy bueno, gracias á  
Dios primero, y luego á don  
Roque el médico, que me ha  
sacado libre de la  
última sofocación.

Así seguían los versos que ya no recuerdo y

que fueron publicados antes de yo nacer en el semanario *La Risa*, allá por los años 50 al 60.

A su autor, no sé si Villergas ó Ayguals de Izco, deben saludar con respeto los discípulos de Lugones.

Fué un precursor.

O con más mística ingenuidad: un Bautista.

### Símbolos

Imponente, grandioso, conmovedor, todo lo parecía aquel espectáculo. Frente á la avenida suntuosa, magna, poblada de arboledas en eclosión primaveral, inundada de una muchedumbre sedienta de admiración y pródiga de aplauso, un ejército formidable, cubierto de uniformes omnícromos, de cascos fulgurantes que lanzaban al sol sus relampagueos de acero bruñido, capitaneados por la juventud y la bizarria, se agrupaba frente al altar improvisado y humilde. Allí estaba el símbolo de la redención de los humildes, y la voz de veinte mil soldados se había extinguido en leve murmurio como para escuchar aquella otra que predica la caridad á los hombres desde hace veinte siglos. Más lejos se elevaba otra cruz, formada por la espada y por la bandera, símbolo la primera del heroísmo tradicional, representación la segunda, como formada de oro y de sangre, de la patria doliente que supo derrochar aquél en arroyos y ésta en oleadas, para asentar su grandeza sobre cauces vacíos.

Pasaban los reclutas en pelotones, el rostro pálido, pero la mirada serena, á jurar obediencia, sumisión, defensa á esa patria, cuanto más desan-

grada más noble; á esa bandera, cuanto más ofendida más digna de respeto. Y pasaban á decir con voz clara y vibrante: «¡Juro!» Todas las cabezas se descubrían. Hay algo que inspira respeto después de contemplar la realeza, de postrarse ante la Divinidad, de mirar las ramas cubiertas de brotes y el cielo esmaltado de refulgencias; la juventud henchida de entusiasmo. En su faz está escrito el *Nom omnis morior*. A su paso parece recordarse que tampoco puede morir un pueblo cuando en su seno vive una mocedad que tiene conciencia de sus destinos.

Acabó al fin la ceremonia. Estallaron en acordes las músicas, en aclamaciones los pechos, las armas desnudas en haces apretados de luz. Seguido de su Estado Mayor, el rey precipitó su corcel por la avenida. Detrás iba la escolta, con sus caballos piafantes é inquietos, sus jinetes con su bello uniforme de vivos de grana, sobre cuyas cabezas se agitaban al viento cascadas de albas y finísimas plumas. Suelto el rendaje, los sables cruzados sobre la crin, desfilaban como centauros ó como reyes de la opulencia, la gallardía y el valor.

Ocupando á todo ancho el enarenado paseo, llevando á la cabeza sus escuadras de gastadores, pasó al compás de sus músicas y charangas la airosa infantería. En sus filas aparecían los estandartes con nombres que recuerdan grandezas y rememoran insuperables y bellas hazañas. Leíase en uno Wad Ras, en otro Covadonga, en éste Las Navas, Barbastro ó Ceriñola en aquél. En un doble cordón y sin armas, bajo su gorra festoneada de rojo, caminan los jóvenes reclutas. El corazón palpita al mirar su desenvoltura y marcialidad. Luego los ingenieros, con su paso reposado y gallardo. Sigue la artillería, como una visión atronadora,

precipitándose entre nubes de polvo, haciendo trepidar bajo los arzones el suelo cubierto de grava. Detrás van los impetuosos jinetes cubiertos con dormanes blancos ó chaquetas rojas, haciendo piafar las monturas; los cazadores y lanceros, arrebatados, dejando la sensación de algo azul que se precipita entre vivos destellos de sables y lanzas. Todo es grandioso, conmovedor: hasta aquel pelotón de guardias civiles de monturas pacíficas, como hechas á caminar entre el pueblo, y aun aquellos anacrónicos milicianos que desfilan sin ruido, por un paseo lateral, sin música, sin aparato, como avergonzados de sus altos morriones y de sus viejas charreteras, y que son, sin embargo, la representación más digna de los gloriosos héroes del Siete de Julio.

Tras los últimos carros de ambulancias, cuyos troncos encabritados nos recuerdan los frisos del Partenón, se forman grandes cirros de polvo. Todo pasó. ¡Cuánta magnificencia y grandeza! ¡Lástima que á estas horas no pensemos en crear para ese digno ejército una digna patria!

\*  
\*  
\*

Pero ¿lo veis? No sirvo para cantar grandezas, para elogiar y ensalzar á los fuertes, para entonar himnos á los que deslumbran y pasman. Cuando la gente ha desfilado, yo he quedado sobre aquel camino, que aun parecía conmoverse bajo el peso de tanta fuerza y de tanta juventud.

La tarde se tornaba desagradable. Remolinos de polvo se precipitaban en espiral para deshacerse sobre los troncos. La luz era ya más velada y un frío penetrante parecía que acariciaba los huesos con la frescura de la nieve de la vecina sierra.

Sin querer comencé á meditar en tristezas, en engaños, en añoranzas, en todo un imperio colonial perdido, en más de cien mil pobres hogares extintos, en los campos yermos, en los bosques talados á cercén, en seis millones de campesinos luchando á brazo partido con la miseria; todo por no haber echado á tiempo, como dice el insigne Costa, doble llave al sepulcro del Cid. Todo por no distinguir la sensiblería del sentimiento, la patriotería del amor á la tierra, el oropel del oro, lo que brilla de lo que vale, el símbolo de la verdad. Me parecía que disipada en la lejanía ya la confusa masa de aquellos veinte mil arrogantes soldados, por el extremo opuesto, siguiendo sus huellas, iba á asomar entre las espesas nubes de polvo un ejército de veinte mil madres, desgrefñadas, descalzas, demacradas, hambrientas, clamando por sus hijos, sin más reverberación ni brillo que el de las lágrimas que surcaban su cara arrugada y marchita. Creía escuchar sus clamores y preguntar por aquellos reclutas, únicos en el brillante desfile que llevaban el rostro flaco y amarillento. Y sentí entonces algo muy desabrido, muy amargo, una sensación de inquietud y desasosiego que podía borrar el recuerdo de las esplendideces del día.

Había salido de la ancha y majestuosa avenida. En aquel momento todo cuanto había visto me parecía falso y aparatoso. Los uniformes, las ceremonias, los convencionalismos. Olvidaba á la pretenciosa cursi impenitente que decía con vanidad ridícula: «¡Mamá, el rey me ha mirado!», para recordar á la anciana sentada en su escaño con la mano en la frente; la idea de guerra por la de paz; la de patria por la emancipación y justicia. Una calle espaciosa se extendía delante de mí, y en ella dos grandes construcciones modernas se mostraban

gallardas. Eran una fábrica y una escuela. Alcé la mirada. Sobre ambos edificios, más amplia, más sugestiva, más gloriosa que nunca, demandando espontáneas y no forzadas juras, se desplegaba al viento como un símbolo espléndido de progreso, de amor y de fraternidad entre los hombres, la airo-sa, la gallarda, la incomparable bandera nacional.

### La farsa futura

¿Cómo será el teatro del porvenir?—he preguntado á tres de mis mejores amigos—. Ved sus contestaciones; no son sensatas. ¿Para qué? Pero son peregrinas.

—Cada época—me ha contestado el más impaciente—tiene sus ideales, su *tour d'esprit*, que diría el buen Fontenelle. Y siendo el porvenir industrial, el teatro revestirá este carácter. La sala tendrá algo de bazar, de exposición y de agencia. Al telón de anuncios habrá sucedido la cortina reclamó, sobre la cual, en proyecciones bizarras, pasarán las píldoras afrodisíacas, los bálsamos depurativos y los cinturones eléctricos. Paredes, cortinas, antepechos aparecerán cubiertos de enormes cartelones que invitarán al público á visitar los grandes almacenes de la Primavera ó el *trust* funerario. Os sentaréis en una butaca y al punto un fonógrafo automático os dirá en el oído: «¡Estos muebles indestructibles son del gran taller de Fulano!» Alzaréis en el palco el cortinón y os encontraréis un muñeco con una bandera en la cual leeréis: «Aduana, 107. Terciopelos á *bon marché*.» Iréis á coger vuestros gemelos y los encontraréis obstruidos por dos discos de papel de la *The*

*Steam Mundial Navigation Society*. De la galería caerán sobre vosotros millares de prospectos y doscientos niños os ofrecerán á voz en cuello bombones, agua, periódicos y revólvers por si gustáis suicidaros. En cuanto á la obra dramática será la apoteosis del *puff*. El traidor, al blandir su puñal, no dejará de proclamar que es de tal ó cual fábrica y que él solo *perce la monaie*. Triunfará la inocencia gracias á alguna Compañía aseguradora y á la energía prestada al galán por un famoso reconstituyente. Habrá siempre apoteosis y en rompientes de gloria veréis bailables de específicos y ascensión de utensilios patentados *sans garantie du Gouvernement*.

—Yo afirmo—ha interrumpido el segundo amigo—que el teatro futuro será puramente sensual. En el vestibulo tomaréis esencia de menta y ostras en alcanfor. Acomodadoras elegantemente desnudas os acompañarán hasta vuestros asientos, impregnados en perfumes enervantes. El salón será una alegoría del templo de Falo y las paredes estarán recubiertas de estampas expresivas. En el escenario se representarán obras del Aretino con todo el aparato que su lindo argumento requiere y sólo en los sábados blancos alguna novela de color de uva. El alumbrado será discreto y en los intermedios, niños traídos expresamente de Italia os brindarán licores confortantes y tónicos.

—Pues yo creo—ha dicho mi tercer interlocutor—que el teatro futuro será sencillamente la verdad; sólo la verdad. No más ficciones. Se alzará el telón y saldrá al escenario el individuo á quien le dé la gana y dirá lo que se le antoje. Nada de escenas aparatosas estudiadas; cada cual hablará de sus asuntos y atenderá del modo que bien le plazca á sus más apremiantes urgencias. Ante todo

la realidad. El espectáculo terminará cuando cada espectador tenga á bien retirarse; y los demás seguirán departiendo de sus asuntos, que serán todos desagradables y á ser posible feos, en honor de la propiedad.

Una vez que han expuesto mis amigos su leal opinión, han querido saber la mía.

—Queridos amigos—he pronunciado después de una pausa—. Son ustedes un poco exagerados. Ni tanto ni tan calvo. El teatro en el porvenir tendrá algo de lo que dicen ustedes los tres; pero sin exagerar... ¡Como ahora!

### Enseñanzas y tristezas

¿Hay derecho á exigir á los hombres constancia? He aquí la pregunta que nos hacemos cuando los amigos nos abandonan; cuando, orientados hacia otras perspectivas que las que juntos nos deleitaron, les vemos tristemente alejarse de nuestro lado, para no volver á encontrarnos jamás. Y con la piadosa indulgencia de todas las almas doloridas, viendo cómo todo cambia en derredor nuestro, por ley natural é inflexible, nos preguntamos si no obedecen á imperativos lógicos, á naturales evoluciones, mientras nosotros, espíritus melancólicos rectilíneos, somos monstruos de terquedad en este universo que se transforma y esta cordillera ideal de infinitas cumbres, desde cada una de las cuales es posible observar cómo todo un horizonte de afectos é ideas surge, brilla, se va nublando y desaparece.

Todo cambia; ¿por qué los hombres han de eximirse de esta ley? ¿Ni cómo hemos de atrevernos á

juzgarles por nuestra ética personal é inflexible? Tanto valdría juzgar la movible fecundidad de la historia, desde las muertas aristas de Cheops. En todo lo orgánico van las células siendo sustituidas por otras células, y aun su disposición se transforma merced á la corriente renovadora de energías que integra la vida universal. Como en la vieja leyenda de Galatea, sobre la misma frente tersa que ahora guarda los infantiles ensueños, han de aparecer las arrugas como surcos labrados por la dolorosa experiencia; la espléndida belleza de la mujer amada se marchita y acaba por convertirse en polvo para que deslumbre á otras enamoradas pupilas la hermosura triunfante de otra mujer, que también durará lo que duran los pétalos. Los bosques que arrullaron nuestros sueños adolescentes, tienen ya nuevos aleteos; otras aguas se deslizan por sus umbrias y otros copudos árboles guardan sus grandezas geórgicas. Los pocos que aun viven, extienden sus ramas desoladas como brazos desearnados y secos que se alzan implorando la muerte. El planeta mismo siente en sus entrañas un nuevo hervor, y prepara la sacudida brusca que ha de convertir las montañas en ríos y en océanos los continentes. Acaso la estrella cuya luz ha tardado en llegar á nosotros millares de años ha tiempo que no existe. Si todo, pues, cambia en el universo, ¿por qué el pensamiento del hombre no ha de cambiar?

No cambiar es morir; por eso para nosotros, los que, votados á un ideal, le guardamos fidelidad y constancia, la vida es tan penosa y lleva aparejado el dolor y el aniquilamiento. Somos almas solitarias y errantes que pusieron toda su vida en el primer anhelo, que cristalizaron de una vez en su forma definitiva, y así están en perpetua y cruenta

lucha con el ambiente mudable y hostil. Y estamos resignados á caminar en soledad perdurable, calumniados siempre, siempre vencidos, y á perdonar á los mismos que, en nuestro sentir, nos engañan, que saben de todo más que nosotros; pero que no aciertan á comprender, ni aun frente á la verdad, nuestro enamoramiento infinito.

No debemos sentir sorpresa cuando nos abandona uno de los nuestros. ¿Acaso se nos dijo que era la humanidad de bronce? ¿Es que no sabíamos que el pensamiento puede mudar? El nuestro mismo mudaría si no creyéramos haber acertado á ponerle diez siglos más allá de la realidad que nos circunda. Pero esta amplitud de criterio es nuestro legítimo orgullo; por esta satisfacción interior lo hemos sacrificado todo. Si hay algo que pueda compensar nuestro vencimiento, es precisamente la ilusión de que somos muy pocos los capaces de sobreponernos á las condiciones de tiempo y lugar, y de dejar el sello de nuestra personalidad impreso en las cosas mismas que nos matan.

Los inconstantes prestan á la humanidad un verdadero é impagable servicio. Llevar á las filas de nuestros adversarios la savia secreta de nuestras doctrinas; inocular en los entendimientos petrificados gérmenes de verdad y justicia que, sin ellos, no tendrían acceso; preparan el terreno en que sembramos todos los días, y acaso son los que realizan grandes transformaciones que, desde nuestro campo, son imposibles de realizar. Si sus motivos son sinceros, debemos alegrarnos por tener adversarios leales; si no lo son, por dejar de tener amigos sospechosos. En todo caso, la verdad sigue siendo la misma, esté donde esté, y sean pocos ó muchos quienes se consagren á su defensa.

La ajena inconstancia nos educa; nos enseña á

fiar menos en la extraña labor y á poner más intensidad y empeño en la propia. ¿Por qué habremos de descansar ociosos en el entusiasmo, el desinterés y el esfuerzo de un hombre que puede cambiar de opinión y hacer fracasar nuestras esperanzas, cuando podemos hacer tanto por nuestra cuenta, sin temor á desertar jamás de nosotros mismos? Elijamos para desempeñar los públicos cargos á aquel que nos parezca más inteligente y veraz, pero no descansen en su tarea; realicemos la nuestra, procurando educarnos, hacernos más ilustrados é inteligentes, procurando convencer á los nuestros de la grandeza de nuestros ideales, sin lo cual toda propaganda exterior es ociosa y ridícula; ejercitando todo derecho, protestando de toda iniquidad, dejando de honrar con nuestra presencia todo acto que nos parezca embrutecedor, prestando auxilio á quienes en nuestros ideales comulgan, haciendo, en fin, cuanto está en nuestra mano para merecer la ciudadanía. ¡Ah, si esto acertáramos á hacer, cuántas cosas se nos darían por añadidura!

Las huestes de siervos fian en sus caudillos, que pueden claudicar y morir; las de hombres libres lo hacen en su propio poder y prestigio. Si Bonaparte hubiera muerto en la Politécnica, Francia hubiera triunfado lo mismo en Austerlitz, Marengo, Wagram y Lodi, porque era todo un pueblo quien llevaba los derechos del hombre á todos los oprimidos del mundo; realizada ya su misión y sustituida por una insaciable ambición personal de dominio, Waterlloo fué ya inevitable. Todos los caudillos de la antigüedad, puestos al lado del gran corso, no hubieran evitado la humillación sombría de Santa Elena.

Respetemos, pues, los motivos que impulsar



puedan á quienes nos abandonan en pleno combate, y procuraremos no volver á engañarnos, creyendo que es labor de unos cuantos la que tiene que ser trabajo de todos. Los hombres mudan, el pensamiento cambia, como las rosas, como los bosques, como las células y aun como los astros. No abandonemos, pues, en poder de los hombres derechos y deberes que sólo pueden realizar dignamente los pueblos.

### Lingüística

¿Qué idioma deben hablar los españoles? La contestación es sencilla, como la de la codorniz de la fábula: cada cual debe hablar el que sepa y pueda. Desde el grito salvaje primitivo hasta la jerga impresionista, cualquier lenguaje es bueno para que el individuo exprese sus ideas, si es que las tiene, y sus afectos, si de ellos es capaz. Imponer el habla de Cervantes á todos los habitantes de la Península sería condenar á casi todos á perpetua mudez. Tan dueño es el individuo de llamarle al pan *orguía* y al vino *ardoa*, como de denominar al engaño manlieve, enartamiento al artificio, ó á la floñez zoncera.

Lo que hay—y esto tampoco puede discutirse—es que, así como cada cual es dueño de hablar como le place, lo es también su vecino, cuando no comprende su jerga, de hacer oídos de mercader. Si medio millón de individuos se obstinan en hablar—por ejemplo—igorrote, todos los ciudadanos restantes tienen el perfecto derecho de no hacerles maldito el caso. Tan lícito es el derecho de hablar como de oír, y se compendia en esta máxima pru-

dente: «Tú hablarás como y cuando se te antojare; yo te oiré cuando y como me diere la gana.»

He aquí por qué el interés de todos va univertalizando el lenguaje. Nadie habla para su capote, fuera de los monólogos del teatro tradicional, sino para que le entienda la gente, y cuanto más numerosa sea ésta, mejor. Así, para rabiarse de celos aparte, cualquier idioma es bueno. Ahora, para ofrecer paños, cacerólas, botines ó elásticas, ya cuida el vendedor de expresarse con la posible claridad y aun de hablar por los codos, de modo que le entiendan los compradores.

Creo, pues, firmemente que no hay motivo para preocuparse en estas cuestiones de habla regional. Los vecinos de Villaterca se han hecho un dialecto para andar por el extrarradio, y reniegan del habla castellana. Llega un automovilista; pide bencina y un par de huevos fritos, y todos se los sirven de cabeza. Y hay más: no miran si los duros son sevillanos, porque en el bolsillo no han de cecear.

El *je ne comprend pas* no reza ya con el dinero contante, y no hay odio de raza que no se humanice ante un billete de quinientas pesetas.

\* \* \*

¿Cómo se hablará en el mundo el siglo que viene? Como hablen los que tengan dinero. Y los que lo tengan hablarán, de seguro, el idioma más universal que sea posible, porque viajarán y estarán en comunicación los unos con los otros. Pasó el tiempo en que los hombres podían, como los moluscos, vivir en su concha, y en que el modelo de seres felices era el ciudadano-caracol de Lista, que no había visto otro río que el de su patria. Hoy hay que saber el castellano, el francés, y á ser ello po-